

# + FÁBULAS



Material Digital Complementario para  
*+4 Lengua y comunicación*  
ACES Educación  
Portal de Educación Adventista

Fábulas adaptadas de  
Enrique Chaij. *Había una vez un  
zoológico*. Editorial ACES. 2007. 126 pp.

## La inteligencia de las cabras

Comencemos la visita a nuestro singular “zoológico” observando el curioso comportamiento de las cabras. A su manera, ellas tendrán algo para decirnos.

Como animalitos montaraces, las cabras a menudo avanzan por senderos muy angostos y escarpados. ¿Qué hacen cuando dos de ellas se encuentran frente a frente en una senda que tiene de un lado una pared vertical y del otro un profundo abismo? Retroceder no pueden, y tampoco puede desviarse una de ellas, porque el sendero es sumamente angosto.

Si las dos cabras insistieran en avanzar, ambas caerían al precipicio. Entonces ¿qué hacen? El instinto les ha enseñado a echarse a tierra, para que una de ellas pase por sobre el cuerpo de la otra, y así ambas puedan proseguir sin peligro su camino. Tal vez nos preguntemos cuál de las dos cabras toma la iniciativa de agacharse. Pues, cualquiera de ellas. Lo importante es salvar la vida y seguir caminando sin problemas.

¿No advertimos aquí una lección de conducta humana? Como ocurre entre las cabras, el saber “agacharnos” ¿no asegura con frecuencia el resguardo del bienestar propio y ajeno? Cuántas veces frente a una discusión, o cuando debemos arreglar nuestras diferencias con alguien, saldríamos ganando si estuviéramos dispuestos a “agachar el lomo”. Pero nuestra naturaleza, viciada de amor propio, suficiencia y vanidad, nos impide tomar la buena iniciativa. Y así, nuestra obstinación y porfía nos llevan a insistir con nuestros argumentos. Con lo cual quizá ganemos una discusión, pero perdamos a un amigo.

O si se trata de hacer las paces con alguien, cuán a menudo preferimos seguir ofendidos, en lugar de pedir o de ofrecer el perdón. Como la cabra que se agacha no piensa por eso que la otra la va a pisotear, ¿por qué pensar que en las relaciones humanas el ceder es perder? Por el contrario, saber ceder generalmente es ganar; es adoptar la amplitud mental de quien comprende y busca la armonía. Y si debe reconocerse humildemente el error propio, ¿no es esto una expresión de grandeza que hace más grata la existencia? Con razón San Pablo escribió: “Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándonos unos a otros” (Efesios 4:32).

La enseñanza cristiana nos exhorta a despojarnos de nuestras preferencias egoístas y a ponernos un poco en el lugar de nuestro prójimo, quien tiene los mismos anhelos y necesidades que nosotros. Por eso la inmortal regla de oro presentada por el Maestro, dice: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (S. Mateo 7: 12). Esta ley de condescendencia humana y de amor fraternal es la única que puede garantizar relaciones cordiales y constructivas. Despreciar esta ley divina equivale a no saber convivir y a deslucir la existencia.

De ahí el inmenso valor de saber ceder y comprender. Tal la simple pero importante lección que nos enseñan las modestas cabritas montaraces.

Hemos comenzado así el paseo por nuestro “zoológico”, para señalar en primer lugar la ley fundamental de la buena convivencia humana: la ley del amor, la comprensión y la humildad. Si esta ley se cumpliera siempre tan sólo en el ámbito del hogar, ¡cuán diferente sería nuestro mundo! ¿No te parece?



## La hormiga y su puente

Las hormigas forman parte de nuestro “zoológico”. De ellas podemos extraer aplicaciones de valor práctico.

Cierto día me puse a observar la vida de las hormigas: sus movimientos, sus senderos, sus hormigueros. Quedé asombrado al verlas trabajar con tanto empeño y diligencia. Pero una hormiga en particular atrajo mi atención. Negra y de tamaño mediano, esta hormiga llevaba como carga una pajita que era por lo menos seis veces más larga que ella misma.

Después de avanzar casi un metro con semejante carga, llegó a una especie de grieta, estrecha pero profunda, formada entre dos grandes piedras. Probó cruzar de una manera y de otra, pero todo su esfuerzo fue inútil. Hasta que por fin la hormiga hizo lo insólito. Con toda habilidad apoyó los extremos de la pajita en un borde y otro de la grieta, y así se construyó su propio puente, sobre el cual pudo cruzar el abismo. Al llegar al otro lado, tomó nuevamente la carga y continuó su esforzado viaje sin inconvenientes.

La hormiga supo convertir su carga en un puente, y así pudo continuar su viaje. De no haber tenido esa carga, que bien pesada era para ella, no habría podido avanzar en su camino. La moraleja se desprende por sí sola. ¡Cuántas veces nos quejamos por los problemas, las cargas y las pruebas que debemos soportar! Pero sin darnos cuenta; esas mismas cargas -bien tomadas- pueden convertirse en puentes y peldaños que nos ayuden a triunfar.

Una deficiencia cardíaca hace de un médico un famoso cardiólogo; el impedimento físico convierte al joven en un excelente escritor; la timidez del estudiante lo lleva a ser un destacado investigador; la falta de buena voz incita a la joven a disciplinarse hasta convertirse en buena locutora. La pobreza dio espíritu luchador al modesto empleado, y por fin alcanzó una posición económica desahogada.

¡Cuántos otros ejemplos de esta índole podríamos mencionar! Todos para mostrar la misma verdad: que con frecuencia debemos padecer males para disfrutar luego de bienes mayores; que debemos llevar con valor nuestras cargas, para convertirlas luego en puentes de éxito y prosperidad.

¿Estás soportando en este momento algún problema o adversidad? Nada conseguirás con quejarte y angustiarte. Si confías en Dios, él no permitirá que la prueba te destruya. Más bien, te dará fuerzas para seguir con valor y lograr mayores alturas.



## El águila se decidió a volar

En el “zoológico” de la vida, podemos aprender importantes lecciones de las aves. He aquí una de ellas.

Un cazador llevó cierta vez a su casa un pichón de águila. Allí lo crió durante bastante tiempo como un ave de corral. Y como jamás había tenido oportunidad de desplegar sus alas con el fin de volar, la pobre águila ya crecida no pasaba de dar muy cortos vuelos dentro de los límites del corral.

Pero un día el águila tuvo su gran posibilidad. El amo la tomó en sus manos y, llevándola afuera, le dijo: “Tú eres un águila, ¡vuela como águila!” Y así diciendo, la lanzó con gran fuerza hacia el cielo. Pero, tras unos pocos aleteos, el ave regresó a su lugar habitual. Entonces el hombre la tomó otra vez y, con la misma orden, le dio un fuerte impulso hacia las alturas, pero con idéntico resultado. Luego, en una tercera tentativa, el amo subió a lo alto de la terraza de su casa. Y nuevamente le dijo al ave: “Tú eres un águila, ¡vuela como águila!” Y esta vez, agitando su instinto dormido, el águila conquistó la altura y se perdió en la distancia.

¿No abundan los seres humanos que se asemejan al águila del relato? Tienen condiciones para elevarse y llegar a la altura del éxito. Pero por falta de esfuerzo, o falta de confianza en sus propias capacidades, estas personas se limitan a realizaciones mediocres.

Si no confiamos en nuestras aptitudes y talentos, no podemos abrirnos paso con éxito en la vida. Cuando desconfiamos de nosotros mismos, y desciende nuestra autoestima, nos volvemos reprimidos y vacilantes, como el águila del cuento. Pero, ¿por qué conformarnos con lo mediocre cuando es posible alcanzar la excelencia?

Ahora bien, ¿de qué manera podemos desarrollar una mayor confianza en nosotros mismos, a fin de apuntar más alto en todos los órdenes de la vida? La verdadera confianza propia, que se opone a todo sentimiento de inferioridad, procede de la confianza en Dios. Cuanto más confiamos en él, más recibimos su ayuda divina para tener iniciativa y entusiasmo.

¿Te encuentras hoy indeciso o temeroso frente a tus obligaciones y responsabilidades? ¿Te sientes por momentos disminuido, y piensas que no podrás llegar a la meta, o alcanzar el blanco que te has propuesto? Incluso, ¿hasta has perdido las ganas de ascender con éxito la cuesta de la vida? ¿Dudas de su propia energía y voluntad? Entonces piensa que el Altísimo te ha dado condiciones suficientes para emprender buenas tareas. El valor, la determinación y el espíritu emprendedor son dádivas de Dios, accesibles a todos por igual, aunque exista diferencia de grado entre unos y otros.

Y si alguna vez hemos fracasado en nuestros nobles intentos, ¿no persistiremos en la lucha? El águila de nuestro relato fracasó dos veces. Pero en la tercera vez conquistó la altura. ¿No podría ocurrir otro tanto contigo y conmigo?



## La tortuga vanidosa

En nuestro peculiar “zoológico” también hay tortugas. Observemos la iniciativa de una de ellas.

Según la fábula de Esopo, había una tortuga que, al observar cada año las migraciones de las aves, cierta vez le pidió a dos pájaros que la llevaran consigo. Para ello sugirió la idea de que los dos pájaros sujetasen un palo desde sus extremos con sus picos, y que ella se tomaría con su boca del medio del palo.

Como las aves mostraron buena voluntad hacia la tortuga, aquel extraño trío remontó vuelo y emprendió el viaje. Pero al poco tiempo un agricultor levantó la cabeza, y alcanzó a ver ese extraño cuadro. Entonces dijo con admiración: “El que tuvo esa idea fue muy inteligente”. Al escuchar esas palabras, la tortuga, que era muy vanidosa, no pudo permanecer callada, y exclamó: “¡Esa idea fue mía!” Y así, por abrir su boca, cayó en tierra y murió.

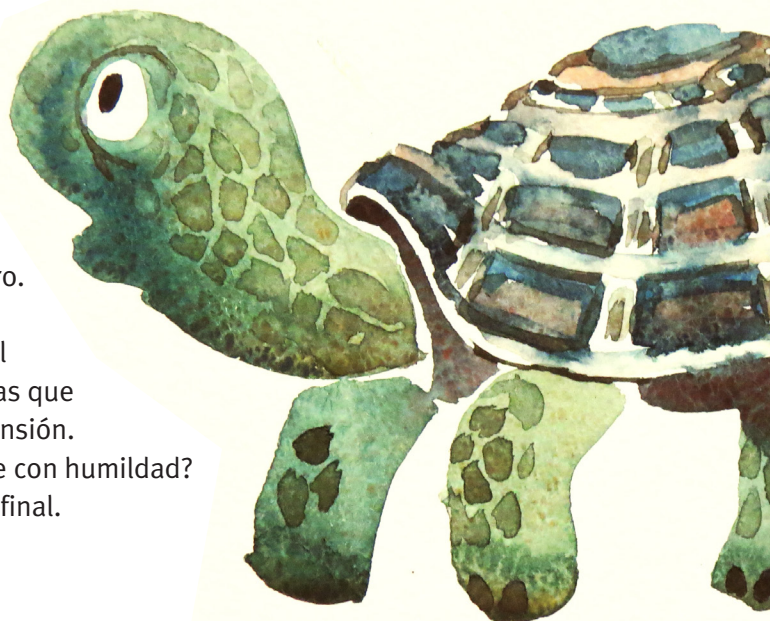
La curiosa tortuga de la fábula no es más que una semblanza de la gente que se destruye a sí misma por causa de la vanidad. Hombres y mujeres tan conscientes de sus propias capacidades, que incurren en actitudes ridículas de autoalabanza. Los tales parecen no tener otro afán que el de pregonar sus virtudes, supuestas o reales, con lo cual revelan el grado de orgullo que llega a sus corazones. Cuántos se dan aire de importancia, buscan el reconocimiento de los demás, y viven engréidos creyéndose superiores a los demás. Y todo por encarnar el necio espíritu de la citada tortuga, cuyo fin es la ruina inevitable.

El vanidoso es egoísta, vive autoengañado, es despreciativo hacia los demás. Y como resultado, ¿qué cosecha sino la indiferencia y el repudio del prójimo? Pero esto no es todo. El vanidoso, además, prospera muy poco, porque piensa que todo lo sabe y que nada necesita aprender. A él, ¿quién le va a enseñar? Pero si consigue aprender o adquirir algo nuevo, se volverá tan exhibicionista al mostrar su nueva adquisición, que esa misma actitud desmerecerá sus logros.

Pero lo más lamentable es que la vanidad aleja de Dios. Porque al Altísimo sólo lo buscan quienes reconocen sus limitaciones y necesidades. Es decir, se requiere un grado elemental de humildad para buscar a Dios, para pedir su perdón y para solicitar sus bendiciones; y el vanidoso carece de humildad, porque es autosuficiente y egocéntrico. Él cree que puede depender sólo de sí mismo, sin necesidad de la ayuda divina. Y por eso así le va. Aunque aparente ser fuerte por fuera, es débil por dentro.

Cuán valiosa es la gracia de la humildad. Quien la posee desarrolla su fe en Dios, ora a él y suple sus necesidades. El humilde es realmente grande a la vista del Altísimo, mientras que el vanidoso es pequeño y ciego para verse en su justa dimensión. ¿Estamos conscientes de que la vida plena sólo se consigue con humildad?

Si lo dudamos, volvamos a la tortuga y veamos su triste final.



## El ciervo orgulloso

En nuestro singular “zoológico” nos encontramos ahora con un ciervo. El animal había llegado hasta una fuente de agua cristalina. Y mientras bebía del agua, observó cuán hermosos eran sus cuernos, qué gracia y distinción le daban. Pero además, también vio reflejadas en el agua sus largas patas. Y pensó para sí: “¡Cuán largas son, y qué pies tan chicos tengo!”

Pero no terminó el ciervo de pensar en sus cuernos y en sus piernas, cuando a la distancia apareció un león. Rápidamente el ciervo echó a correr con sus veloces patas. Pero con tan mala suerte que sus cuernos se enredaron al pasar por los arbustos del bosque, y el león lo alcanzó y lo devoró. Los pies que tanto había despreciado lo salvaron del león, mientras que los cuernos que tanto orgullo le habían dado, fueron la causa de su destrucción.

El pobre ciervo del cuento, al igual que los otros animales que desfilan por el “zoológico” de estas páginas, encierra una importante lección humana. Bien puede representar a las personas que desprecian ciertas características de su vida, y a la vez se enorgullecen por las virtudes que dicen poseer. Y como resultado de semejante actitud, cuántas veces las tales personas cosechan en su propia experiencia el triste fin del ciervo.

A menudo, lo que parece despreciable en la vida propia puede abrir las puertas del éxito, como también, lo aparentemente meritorio, puede ser apenas una carga inútil de arrogancia y vanidad. El que se queja de su salud precaria, de su timidez, de sus pocas luces intelectuales, o de sus modestos recursos económicos, puede encontrar en tal condición un estimulante desafío para superarse y alcanzar un noble ideal. En cambio, aquel que confía exageradamente en sus pretendidas aptitudes puede perder el espíritu de lucha, y quedar por fin a la zaga de quien parecía menos apto.

¿No vemos cada día -en todos los órdenes de la vida- a personas que con lo poco que tienen, igualmente triunfan, mientras que otras mejor dotadas lloran su fracaso? Este es un tema digno de reflexión y del mejor autoanálisis: por qué unos llegan, y otros quedan detenidos en el camino.

¿Qué tal si en este día hiciéramos una lista de todos nuestros defectos y virtudes? Tal vez nos sorprenderíamos al vernos retratados en dicha lista. Pero lo importante será no envanecernos ante las virtudes, ni desalentarnos frente a los defectos que descubramos. Toda virtud debe ser acompañada de sensatez y modestia; y todo defecto puede superarse para embellecer el carácter.

¿De qué manera es posible lograr esa calidad de vida espiritual? El empeño y la fuerza de voluntad son insuficientes. Pero como dijera San Pablo: “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Sí, Dios lo puede hacer por nosotros, si se lo pedimos con fe en oración. Porque “lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (S. Lucas 18:27).

¿No te parece que fue valiosa la lección que, a través de su error, hoy nos recordó el ciervo de nuestro relato?

